

Cara de pus

Sergio Gabriel Carbia¹, Roberto Glorio², Marta La Forgia³



Fue el jefe de cocina quien realmente me hartó. Me pagaba el sueldo y siempre me daba de menos. El dinero, naturalmente, se lo embolsaba él. El hijo de puta era feo, además. En su vida ha visto usted unos granos como los que tenía aquel tipo. En la cara y en la frente, debajo de la barbilla, detrás de las orejas, hasta en los lóbulos. Enormes granos hinchados y también costras, rojas y amarillas. No sé como le dejaban acercarse a la comida. Ninguna mujer sería capaz de acercarse a todo ese pus. Tenía la cabeza llena de pus porque el hijo de puta tenía el cerebro sucio. Siempre babeando con sus revistas. Yo no me reía de sus chistes como los demás, así que Cara de Pus empezó a ponerse verdaderamente desagradable. Así que un día le dije: "Vete a la mierda, Cara de Pus". Eso le dolió de verdad. A la mañana siguiente Cara de Pus se me acercó cuando me disponía a lavar los platos de desayuno. "Me parece haberte dicho que limpiaras ese horno, Espantapájaros". Y en cuanto estuve dentro, la puerta se cerró con estrépito. Entonces empezó a hacer calor. Al principio no me lo podía creer, pensé que estaba imaginando cosas. Cara de Pus había encendido el horno al nivel más bajo. Pronto estuvo demasiado caliente para sentarse y tuve que ponerme en cuclillas. Sentía el calor del suelo a través de los zapatos, me ardían la cara y la nariz. A finales de la tarde me dejó salir. Estaba hecho polvo. A la mañana siguiente estaba peor. Tenía ampollas en los pies y todo a lo largo de la columna, donde debí apoyarme en la pared del horno. Y vomitaba. Durante la pausa se sentó solo a leer una de sus revistas sucias. Justo antes de que acabase el descanso encendí el gas bajo una de las sartenes de patatas fritas. Cabían dos litros, y en cuanto el aceite se puso a hervir me acerqué con él al lugar donde estaba sentado Cara de Pus. Me dolían tanto las plantas de los pies que me daban ganas de gritar. Le eché el aceite en la ingle, y por si había alguien mirando fingí resbalar. Cara de Pus aulló como un animal salvaje, nunca he oído a un hombre hacer un ruido como ése.

Ian McEwan. Fragmentos extraídos de **Conversación con un hombre armario**. En: **Primer amor, últimos ritos**.

El Autor

Ian McEwan (Aldershot, Inglaterra 1948) debutó espectacularmente en el mundo de las letras con el libro de relatos *Primer amor, últimos ritos* (1975) ganando el prestigioso premio Somerset Maugham. Tras la publicación de su primera novela, *Jardín de cemento* (1978), donde narra las peripecias de un grupo de huérfanos que esconden a su madre muerta para que no los separen, se convierte en uno de los escritores más brillantes de su generación. Fue apodado Ian Macabro, debido a que sus novelas posteriores, como *El placer del viajero* (1981), *Niños en el tiempo* (1987) y *El inocente* (1990) esparcen momentos de confort para luego hurtarlos deliberadamente en beneficio del horror. De sus trabajos posteriores destacan *Ámsterdam* (1998) y *Expiación* (2001); esta última considerada su obra maestra, donde narra el drama de la traición y la pérdida de la inocencia.

Parte de su original obra gira en torno al autoritarismo paterno, habiendo expresado según sus propias palabras "el patriarcado corrompe nuestras más íntimas relaciones con cómicas y trágicas consecuencias" y sus propios escritos "¡Levante la mano una sola vez y demuestre que va usted en serio! Lo más probable es que no tenga que levantarla más".

Fecha de recepción: 7/6/09 | **Fecha de aprobación:** 17/4/09

1. Médico de planta. Docente adscripto (UBA).
 2. Colaborador docente. Docente adscripto (UBA).
 3. Jefa de servicio. Docente adscripta (UBA).
- Hospital General de Agudos "José María Penna". CABA. Rep. Argentina.

Correspondencia

Sergio Gabriel Carbia: Hospital "José María Penna", Servicio de Dermatología. Pedro Chutro 3380, CABA, Rep. Argentina.
Tel: 4911-3030 (interno 149) | scarbia@intramed.net